cargo lo temporal, también con un segundo que le auxiliaba. Los monasterios estaban divididos en casas, teniendo cada una su prior. Cada casa estaba dividida en cámaras ó celdillas, y cada celdilla servía de morada á tres religiosos. Tres ó cuatro casas formaban una tribu. Por último, había grandes monasterios compuestos de treinta ó cuarenta casas, de las cuales tenía cada una próximamente cuarenta religiosos.

San Pacomio era el general de todos estos monasterios, y él los visitaba. Según Paladio, en la orden de Tabenna había cerca de 7.000 religiosos. Se admitían así niños como hombres, sin hablar de los catecúmenos que se preparaban allí para el bautismo; se daba lección tres veces al día á los que lo necesitaban, y todos estaban obligados á aprender, por lo menos, el Nuevo Testamento y el salterio. El prior de cada casa daba tres veces por semana una conferencia á sus religiosos; estas conferencias se llamaban *disputas* ó *catequesis* (véase en San Jerónimo la regla de San Pacomio). Los religiosos discutían después entre sí el tema objeto de la conferencia. Todo esto supone ya cierto progreso en los estudios.

Pero la enseñanza de los monjes no se limitaba al personal tan numeroso ya de su casa, sino se extendía á los pueblos de las localidades vecinas. El ecónomo del monasterio les explicaba los misterios de la fe tres veces por semana, una vez el sábado y dos veces el domingo; y San Pacomio daba personalmente todas las semanas lecciones del catecismo y sobre la Sagrada Escritura á los aldeanos, á quienes construyó una iglesia á ruegos de su obispo; también instruía á los catecúmenos.

Las lecciones sobre la Sagrada Escritura, que tenían lugar, ya en el interior, ya en el exterior de los monasterios, no consistían, como pudiera creerse, en una simple explicación de los preceptos morales contenidos en ella, sino que se hacían deducciones. Esto es lo que se ha referido de San Pacomio por el autor contemporáneo de su *Vida* (Cf. Mabillon. *Étud. mon.*, pág. 16). También autorizaba á sus discípulos para que le consultaran sus dudas, y éstos redactaban sus respuestas por escrito, á fin de que otros pudiesen aprovecharlas.

Al estudio de la Escritura, está probado que los discípulos de San Pacomio agregaban el de los Santos Padres. El santo fundador les aconsejaba, no obstante, que no leyeran á Orígenes sino con ciertas precauciones, á causa de los errores que se encuentran esparcidos en sus obras. Y tal era la opinión del mundo respecto á la inteligencia y saber de estos religiosos, que se vieron llegar á Tabenna filósofos con objeto de consultarlos. Se dice que uno de ellos, llamado Teodoro, contestó á estos sabios con tal precisión y tal elocuencia que los llenó de asombro. A petición de San Pacomio este mismo monje improvisó algunas veces conferencias con facilidad maravillosa.

San Basilio prescribió á sus religiosos casi la misma disciplina que San Pacomio había dado á los suyos. Se admitían entre ellos niños y se los instruía hasta que estuviesen en edad de elegir estado. San Juan Crisóstomo afirma el mismo hecho de los monasterios de su país (*Def. vit. mon.*, XVI). Respecto á los discípulos de San Basilio, también celebraban conferencias, y nada tan interesante como los consejos que les da (Epist. I, *Ad. Greg. Nazian.*) sobre el modo de conducirse en ellas. Les recomienda que procuren no ofuscarse unos con otros, evitar la ostentación y todo aire de vanidad, así como el espíritu de contienda y de disputa. También llegó á dictar reglas para el gesto y el tono de voz..... Por las conferencias de Casiano, tan llenas de doctrina y de erudición, puede juzgarse de los conocimientos que exigían estas luchas intelectuales entre los monjes.

Las funciones de los abades eran tan multiplicadas y difíciles, que exigían una cultura poco común, y que la regla de San Benito pone en el mismo rango que el mérito de la vida, *vitæ merito et sapientiæ doctrina* (cap. LXIV). Asegura San Agustín, en verdad, que varios hombres llegados á una santidad eminente, vivieron en la soledad sin auxilio de los libros; pero tiene cuidado en exceptuar á los que están encargados de instruir á los demás, *nisi ad alios docendos* (*De doctrin. Christ.*, l. I, c. 39). La regla de San Ferréol dispensó al abad de los trabajos manuales, reservando su tiempo para el estudio de lo que debe enseñar á sus religiosos.

Pero se formará una idea más exacta todavía del grado de doctrina que necesitaban, si se reflexiona en la posición que tuvieron los abades en la Iglesia desde los primeros siglos. Eran llamados, como se sabe, para asistir á los concilios, tan frecuentes entonces, dar en ellos su opinión y suscribirlos. Así, San Pacomio asistió con varios de sus religiosos al Concilio de Latópoli, donde se hallaron también dos obispos que habían sido discípulos suyos (*Pachom. Vit.*, n. LXXII.—Cf. *Mabill.*, pag. 25). San Basilio asegura que en su tiempo los monjes simples intervenían en estas santas asambleas. En lo sucesivo, y desde el siglo VI, se vieron obispos que enviaron abades representándolos á los concilios, cuando ellos mismos no podían hacerlo por cualquier grave motivo; Mabillon (*Op. laud.*, pág. 26) cita á este tenor numerosos ejemplos, y concluye con estas palabras: «¿Qué papel habrían hecho en estas augustas asambleas monjes ignorantes é incapaces?»

Los estudios en los monasterios debieron también desarrollarse cuando los monjes empezaron á ser elevados al estado clerical. Los monasterios se convirtieron en una especie de

seminarios donde los clérigos estaban reunidos á los religiosos, y donde los estudios de unos y otros eran comunes, como la oración y la mesa. Esto sucedía en el monasterio de Ruspium, bajo San Fulgencio (*In. Vit. ejus.*, n. XLIII), y también en otra casa á la que se retiró este Santo, y en la cual se educaban clérigos para los empleos y las dignidades eclesiásticas: *Ecclesiasticæ dignitati multos viros idoneos nutrientes* (ibíd. XXX).

San Gregorio de Tours supone evidentemente que, en su tiempo, los monasterios de nuestra Galia eran también escuelas á las que se iba para formarse en las ciencias eclesiásticas, cuando dice que Meroveo, hijo de Chilperico I, Rey de Francia, después de haber recibido la tonsura clerical, fué enviado por su padre al monasterio de San Calais para instruirse allí en las reglas del sacerdocio, *ut ibi sacerdotali erudiretur regula* (Greg. Turon. *Hist. Franc.*, V, 14).

También la mayor parte de los hombres eminentes que han honrado é ilustrado á la Iglesia por su santidad y su doctrina, se han formado en los monasterios: en ellos pasaron una parte considerable de su vida, ó compusieron algunas de sus obras. De los cuatro grandes doctores de la Iglesia griega, dos han sido ciertamente religiosos, San Basilio y San Juan Crisóstomo, sin hablar de San Gregorio de Nacianzo, de quien se ha dicho que prefirió ser más bien monje que seglar (*In ej. Vit.*, ap. Mabill., 38). San Atanasio vivió algun tiempo entre los solitarios de Egipto, para los cuales escribió la *Vida de San Antonio*.

Otro tanto puede decirse casi de los grandes doctores de la Iglesia latina: á excepción de San Ambrosio, los otros tres, San Jerónimo, San Agustín y San Gregorio el Grande, profesaron la vida religiosa. En el monasterio de San Pedro de Cantorbery, fundado por los monjes misioneros que había enviado el mismo San Gregorio, fué donde Benito Biscope aprendió la disciplina monástica, que el venerable Padre aplicó á todas las ciencias que enseñó en su monasterio á sus hermanos, y en la Iglesia de York á los seglares. San Aldelmo y otros varios siguieron sus huellas.

Los monasterios han dado ó formado una multitud de obispos, tanto en Oriente como en Occidente, y á ellos se iba á buscarlos en las difíciles épocas en que la Iglesia tenía necesidad de hombres de gran carácter y fuertes en doctrina. Y en verdad eran obra del claustro, puesto que la mayor parte habían entrado en él en su más tierna juventud, tales como San Epifanio, San Ático, patriarca de Constantinopla, Alejandro, obispo de Basinópolis, Paladio de Elenópolis, y otros muchos entre los Griegos: entre los Latinos, San Cesáreo de Arlés, San Donato de Besanzón, San Bonifacio, apóstol de Alemania, etc., etc. Varios de ellos entraron en el claustro cuando no sabían leer; salieron de allí para ser obispos. Sabemos, por el testimonio de San Sulpicio Severo, que, como los monasterios de Lerins, el de San Martín de Tours era de tal modo renombrado como escuela de ciencia y de santidad eclésiastica, que no hubo entonces una ciudad que no pretendiese tener un obispo elegido de entre sus discípulos. Otros que no se colocaron bajo la disciplina monástica, sino á la edad de veinte ó veinticinco años, y éstos son muy numerosos, no habían demostrado evidentemente capacidad para el episcopado.

No fué únicamente en los siglos V y VI cuando se escogieron los obispos entre los religiosos: sino que se hizo así desde el origen de la institución monástica. Así, el monje Draconcio fué elegido para esta dignidad por San Atanasio; y para vencer sus temores, este gran Santo le puso el ejemplo de otros siete solitarios que habían sido sacados de sus moradas para verse puestos á la cabeza de diversas Iglesias. Hemos visto más arriba que, viviendo todavía San Pacomio, fueron elevados á la dignidad episcopal dos discípulos suyos. Los Papas, lejos de oponerse á esta costumbre, la aprobaron, por el contrario, en sus decretales, como lo demuestran las de San Siricio, Inocencio I, Bonifacio y Gelasio. El emperador Honorio asegura él mismo que esta práctica es la mejor (*In cod. Theodos.*): *Ex monachorum numero rectius ordinabunt.*

Fuera del orden episcopal, podría citarse un número considerable de grandes escritores eclesiásticos que se educaron en los monasterios, y aunque muchas de sus obras se hayan perdido, quedan bastantes para testificar el floreciente estado de los estudios monásticos en los primeros siglos. Decimos *en los primeros siglos*, porque respecto á la Edad Media y á los tiempos modernos, es una verdad ya conocida, y no tenemos que ocuparnos en esas épocas. Así, San Efren, San Isidoro de Pelusa, San Nilo el antiguo, San Casiano, San Vicente de Lerins, San Máximo, Anastasio el Sinaíta, etc., eran monjes no menos distinguidos por su saber que por su virtud.

Sin duda, el fundamento de los estudios que se hacían en estas santas soledades, se componían sobre todo de la ciencia sagrada en todas sus ramas, Sagrada Escritura, patrología, santos cánones, autores ascéticos, hagiología, etc. La elocuencia, el arte de bien decir, era allí también muy honrado: por esta razón, no menos que por lo profundo de su doctrina, brillaba San Fulgencio: *Fulgentius*, dice el autor de su *Vida* (Mabill., *loc. cit.*, 45), *fulget super cæteros scientia mirabili, eloquentia speciali.* Elogios enteramente análogos se han tributado á San Gregorio, obispo de Agrigento, y al abad Platón (ibíd.).

Pero diremos todavía más: los estudios monásticos, desde los tiempos remotos admitían las ciencias profanas y todo lo que corresponde á las artes liberales. Varios reli-

giosos han conseguido fama por la variedad de sus conocimientos; con gusto citamos aquí el elogio que San Sidonio Apolinario (l. IV, *epist.* 2) hace del sabio religioso Mamerto Claudiano: «Fué, dice, una biblioteca viviente de toda la erudición latina y cristiana; fué excelente orador, dialéctico, poeta, predicador y geómetra, músico y polemista.»

VI. Todo este movimiento progresivo de los estudios, que no hemos podido sino bosquejar aquí brevemente, confirma la existencia en los monasterios de bibliotecas numerosas y especiales (véase el artículo *Bibliotecas cristianas*). Por la regla de San Pacomio (x y *Vit.*, n. XXXVIII) sabemos que había una en cada casa de esta clase y que su custodia estaba confiada al ecónomo y á su segundo. Estos bibliotecarios colocaban los libros en bazares por orden de materias, cada uno según su clase, lo cual autoriza á creer que su número era considerable: *Libri omnes suis accurate loculis dispositi ad duorum quos dixi spectabant curam.* También se dispuso que cada religioso tuviese gran cuidado con los libros que tomaba en la biblioteca común. Cuando los monjes asistían al oficio ó al refectorio, ninguno debía dejar su libro abierto; y cada tarde, el segundo estaba obligado á contar exactamente los libros empleados y que debía guardar hasta el día siguiente en un sitio *ad hoc.* (Pachom. *reg.* c. *omnes codices.*—Idem *in reg. monach.*, c. VIII): *Custos sacrarii habeat deputatos, a quo singulos singulis accipiant, quos prudenter lectos vel habitos semper post vesperam reddant. Prima autem hora singulis diebus codices petantur.* Luego, como había en Tabenna un gran número de religiosos (7.000.—Véase *supra*), y cada casa contaba 40, y cada monasterio treinta ó cuarenta casas, si cada religioso tenía su libro de uso diario, y si quedaban todavía bastantes para formar una biblioteca, puede inferirse de esto que el número de los libros era muy considerable.

Si fué de este modo en una época tan inmediata al origen de la vida monástica, puede juzgarse que las bibliotecas fueron todavía más numerosas y más ricas en los monasterios que se fundaron después. Podemos formarnos una idea de ellas por los datos que nos han sido transmitidos respecto al celo que tenían los primeros religiosos por copiar libros. Esta era la única ocupación de los religiosos del monasterio de San Martín de Tours: *Ars ibi, exceptis scriptoribus, nulla habebatur*, dice Sulpicio Severo (*Vit. S. Martin*, VII). San Fulgencio se dedicaba por sí mismo preferentemente á copiar, siendo esta una de sus glorias (*Vit. S. Fulg.*, XXX. *Hist. mon. d'Orient.*, 295, 441, 517.—Cf. Mabill., 48); y el mismo elogio se ha hecho de los santos solitarios Luciano, Filoromo y Marcelo, sin hablar de otros muchos. También se hace mención de este ejercicio en la regla del abad Isaías (c. XXIII); no quería éste que el solitario tuviera vanidad ó afectación en el adorno de sus libros: *Si feceris librum, ne exornes illum; hoc quippe affectum tuum ostendit.* En la época en que San Benito fundó su orden, florecía en los monasterios de Italia el arte de copiar libros. Un defensor llamado Julián encontró entonces en el de San Equicio muchos anticuarios escribiendo, *antiquarios scribentes* (Greg. M. *Dial.*, l. I, c. 4.—Véase nuestro artículo *Librarii*).

Nada es más concluyente en este asunto que este bello pasaje de Casiodoro (*Instit.* XXX), dirigiéndose á sus monjes de Viviers: «Confieso que de todos los trabajos corporales que os pueden convenir, he preferido siempre, más que ningún otro, el de copiar libros; con tanta más razón, cuanto que, en este ejercicio, el espíritu se instruye con la lectura de los libros santos, y además es una especie de predicación para aquellos á quienes se dan los libros. Esto es predicar con la mano, convirtiendo sus dedos en lengua; es difundir entre los hombres, en silencio, las palabras de salvación, y es, por último, combatir al demonio con la tinta y la pluma. Tantas palabras como escribe un anticuario, son otras tantas heridas que recibe el demonio. En una palabra, un solitario sentado en su sillón, copiando libros, viaja por diferentes provincias sin moverse de su sitio, y el trabajo de sus manos se hace sentir aún donde él no está, *operatur absens de corpore suo.*» Ponemos aquí á la vista del lector un religioso trabajando (véase *Viaje literario de dos benedictinos*, 2.ª parte, pág. 64). Es la reproducción de una miniatura antigua que representa al monje Radulfo, de la abadía de San Wast, copiando las obras de San Agustín. Aunque de una época relativamente moderna, esta mi-

niatura puede dar una idea tan exacta como es posible de un monje *anticuario* del tiempo mismo de San Benito.

Podría creerse que los libros que se encontraban de este modo en los monasterios, no eran otros que los de la Sagrada Escritura y

los que se referían á la vida religiosa. A esta observación hemos contestado ya implícitamente más arriba. Casiodoro nos facilita, en la materia, un testimonio que no puede ser más positivo. En sus *Instituciones* á sus monjes, nos dice que no se conformó con reunir todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento con sus comentarios, sino que buscó también todos los que creyó propios para disponer los ánimos á esta santa lectura.

Con estas intenciones reunió con grandes gastos todas las obras de los Santos Padres, y en particular las de San Cipriano, San Hilario, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín, y el extracto que el abad Eugipio había hecho de los escritos de este Padre, sin hablar de los Griegos, cuya lectura recomienda á los que poseían aquel idioma. Coleccionó además todos los historiadores que pudo encontrar que trataban de las cosas de Dios y de la Iglesia, tales como Josefo, Eusebio, Orosio, Marcelino, Próspero, los libros de San Jerónimo y de Gennadio referentes á los escritores eclesiásticos, y por último, Sócrates, Sozomeno y Teodoreto, que hizo reunir por Epifanio el Escolástico en un cuerpo de historia que no es otro sino el que tenemos tedavía hoy con el título de *Historia Tripartita.* Creyó, por último, que era necesario á los religiosos leer los Cosmógrafos y los Geógrafos, y aun los retóricos y los gramáticos cuyos conocimientos le parecían útiles para la inteligencia de la Escritura. En una palabra, para no omitir nada, quiso también agregar á su biblioteca los principales autores de medicina, á fin de que los que estuviesen encargados de la enfermería pudieran encontrar en ellos los medios de aliviar á los pacientes.

Este grande hombre termina la enumeración por una súplica ó petición á Dios para que se dignase abrir el espíritu de sus religiosos á la inteligencia de los Libros Santos; los exhorta, finalmente, para que aprovechen los beneficios que les ha procurado: *Eia nunc, carissimi fratres, festinate in Scripturis sacris proficere, quando me cognoscitis pro doctrinæ vestræ copia, adjutorio dominicæ gratiæ, tanta vobis et talia congregasse.*

Fácilmente se podrían recordar los testimonios que confirman que el mismo celo para reunir libros y para multiplicar sus ejemplares por la copia, se notó por todas partes en los monasterios más arreglados. Nadie ignora hoy que los monjes son los que nos han conservado las obras maestras de la antigüedad sagrada y profana: tema es éste cien veces discutido. El abad de Corbia, en Sajonia, es quien ha salvado los cinco libros de los *Anales* de Tácito; y hubiéramos perdido para siempre el precioso tratado de Lactancio *Sobre la muerte de los perseguidores*, si no se hubiese encontrado entre los restos de la biblioteca de Moissac, en Quercy.

Las religiosas se dedicaron también á copiar libros. Santa Melania la joven lo hizo perfectamente; escribía de prisa, con un bello carácter de letra, y sin defectos, *scribebat celeriter*, dice el autor de su *Vida* (Ap. Mabill., 52), *pulchre et citra errorem.* Las religiosas del monasterio de Santa Cesárea, hermana de San Cesáreo de Arlés, animadas con el ejemplo de su abadesa, copiaban los Libros sagrados, así como las Santas Harnilda y Renilda, abadesas de un monasterio de benedictinas en Francia. Se sabe que San Bonifacio (*Epist.* XXVIII) suplicó á una abadesa que le escribiese en letras de oro las epístolas de San Pedro. (Remitimos al lector, para todos los detalles referentes á los estudios monásticos, á la sabia obra de Mabillon, *Traité des études monastiques*, sobre todo en su primera parte. En el capítulo VII se verá lo que hizo San Benito para establecer los buenos estudios en sus monasterios.)

MONOGRAMA DE CRISTO.—I. Este monógrama se halla formado por la combinación de la X y la P, que son las dos primeras letras del nombre griego de Cristo, XPICTOC, *compendio totum Christi nomen includitur*, dice Primasio (*In Apocal.*, IV, 13). Representa á un mismo tiempo el nombre de Jesucristo y la figura de su cruz. Una inscripción antigua de Sibaux (departamento de la Vienne), cuyo facsímile damos aquí, ofrece la forma más antigua y más correcta del monograma de Cristo. Algo más tarde, este augusto signo sufrió una ligera modificación, por la reducción de dos líneas cruzadas de que se compone la X (☧), y por último, un cambio más notable todavía por la sustitución de una simple línea transversal á la letra X (☩). San Efren, que vivía en el siglo IV, asegura que esta última forma del monograma era muy usada en Oriente (Ephren. *Opp.*, edit. Asseman.—Cf. Garrucci. *Vetri*, página 104). Parece también que fué la única conocida en Egipto. Letrone (*De la croix ansée égyptienne*, pág. 16) afirma no haber encontrado el ☧ en ninguno de los monumentos cristianos de este país. La adopción de este tipo fué, sin duda, motivada por su afinidad con la cruz de asas egipcia. El ☩ es también el único monograma que se ve en las Biblias alejandrinas, la del Vaticano, por ejemplo, la del Sinaí editada muy recientamente por Tischendorff, y la de Cambridge (véase De'Rossi. *Bullett.*, 1863, página 62).—(Véase nuestro artículo *Libros litúrgicos*, 3.º)

Por lo demás, aunque las más usadas, las dos formas de que acabamos de hablar no son las únicas; los monumentos, al menos los de